

DETRÁS DE LA VENTANA

María abrió de nuevo su diario. Ese diario que había permanecido cerrado y guardado en el cajón del comedor durante mucho tiempo ahora estaba delante de ella. Una nueva página en blanco que escribirá durante el día y cerrará por la noche será de nuevo su refugio.

Cogió su taza de café, se sentó frente a la ventana, cerró los ojos y pensó cómo había empezado todo...

Un nuevo día comenzaba, un nuevo día igual que el de ayer o el de antes de ayer, o mejor dicho, un día idéntico al de hace ya muchos años cuando se quedó sola. María se distraía viendo desde la ventana a sus vecinos cómo iban y venían, corriendo por la mañana, cansados por la tarde, en ocasiones agobiados, en otras felices y contentos. Un día llegaron nuevos vecinos al barrio, y sin darse cuenta, María dejó de observar al resto, sólo tenía ojos para ellos, y también sin darse cuenta comenzó a anotar en un cuaderno todas sus rutinas.

Sara, la mamá, salía a las siete en punto de casa, vestida con sus tacones y su maletín se dirigía rápidamente al coche mirando el reloj. Pronto se oiría a Miguel, el papá:

- Vale chicos, el desayuno está preparado, rápido que no llegamos.

Luis, el más pequeño de la familia, baja enseguida pero Ana tarda más, como todas las mañanas, no sabe qué ponerse. Como os imagináis, esto acabará en:

- Anaaaaa, vaaaale, todos los días igual, que no llegamos al colegio, date prisa.

Salen corriendo y seguro que se les olvida algo, pensó María. Hoy es jueves y Luis tiene fútbol:

-¿Ha cogido la bolsa de fútbol?- pensó María en voz alta. Y es que ella lo tenía todo anotado.

A mediodía llega Ana, como siempre con el móvil en la mano y espera en casa a su padre, que llega media hora más tarde con las bolsas de comida preparada. Sara llega sobre las 4, come y se va a por el enano de la casa. Dos días a la semana tiene fútbol y dos más música; Ana tiene dos días baloncesto y otros dos va al gimnasio. Llegan tarde a casa, sólo queda tiempo para hacer deberes, cenas y ya es hora de irse a la cama. Los fines de semana los dedica a comprar, lavar, planchar, ir a los partidos de fútbol o baloncesto ...y a por otra semana más.

Una vida llena de rutinas y horarios, en la que sólo cabía un «buenos días» o un «buenas tardes» para esa vecina de enfrente que siempre estaba en la ventana, esas mismas palabras eran las que le servían a María para poder llevar la suya, su vida, ella no pedía nada más.

La noticia del confinamiento le pilló por sorpresa y su mundo se derrumbó. No hacía más que preguntarse qué haría a partir de ahora.

Esa noche no pudo casi ni dormir y a la misma hora de siempre se puso en la ventana con su taza de café y, por supuesto, no faltaba el diario. Estuvo allí durante mucho tiempo, pero no anotó nada en ese cuaderno, pues ese día no había nada que anotar, no pasaban coches, nadie salía de casa, sólo se oían algunos pájaros cantar y a lo lejos los sonidos de las ambulancias. Cuando al final se dio cuenta que no había nada que esperar, cerró las cortinas y se sentó en su mecedora, abrió el diario y empezó a leerlo; así fueron pasando las horas de un largo día que le recordó al principio de su soledad. Fue entonces cuando oyó murmullos y aplausos que venían de la calle y sin pensarlo corrió a su ventana.

Todos los balcones estaban llenos de gente aplaudiendo, justo en el de enfrente, perfectamente situados, estaban ellos cuatro, sus vecinos, los personajes de su diario. Nunca los había visto así, tan de cerca; una sonrisa se escapó de su boca cuando vio al pequeño de la casa señalándola mientras mamá y papá le llamaban la atención. Y es que para ellos María era la vecina cotilla que controlaba a todos detrás de su ventana. María no dudó, sonrió y lo saludó con la mano, a lo que ellos contestaron:

-Buenas tardes.

-Buenas tardes -respondió María mientras sus miradas se cruzaban.

Estas palabras, que parecen insignificantes, fueron el comienzo de todo. Y es que cada día que salían a aplaudir, se iban conociendo un poquito más. María les contó que estaba sola desde que su marido murió y su hijo se fue por trabajo a vivir al extranjero. Por su parte, María supo que ellos también estaban los cuatro solos ya que venían de otra ciudad. Le contaron que les había costado adaptarse un poco, sobre todo a los niños, por el cambio de colegio y amigos y que echaban en falta la ayuda de sus padres para poder llegar a todo, cosa que María ya sabía, aunque ellos lo ignoraban. Recordó aquel día que Luís se puso enfermo y no sabían con quién dejarlo o el día que Ana se dejó las llaves en casa y no pudo entrar hasta que vino Miguel. Eran tantos los momentos que había anotado en su diario, en los que estuvo a punto de salir de detrás de su ventana y decir: «yo os ayudo, estoy aquí».

El confinamiento se alargó más de lo esperado y esas pequeñas conversaciones de las tardes se cambiaron, sin ellos mismos darse cuenta, a mañanas, mediodías, tardes y en ocasiones noches, pues ya empezaba a oscurecer más tarde. Entre conversaciones fueron pasando los días, unos días felices para María, unos días que recordará siempre pero que ya habían acabado.

Cuando se quiso dar cuenta ya era lunes y allí estaba de nuevo junto a la ventana con el café en sus manos. Debía retomar su rutina, como todo el mundo, las cosas volverían a ser igual que antes del confinamiento, suspiró y abrió el diario.

Vio salir a Sara, como siempre corriendo, y recordó todas esas conversaciones que había tenido con ella. Era una persona tímida, pero poco a poco fue abriendo su corazón a María y a su vez María le abrió el suyo. Tantos días dieron para muchas conversaciones. Hablaron sobre la familia, los hijos, la ropa, los libros, incluso sobre vacaciones; muchos momentos de risas y algunos otros de llantos.

Ya iba Sara a subirse al coche cuando, de repente, se acordó de algo, dio media vuelta, se paró justo bajo su ventana, la saludó con la mano y le dijo:

-Acuérdate que a las 18:30 tienes médico. Yo llegaré con Luis, le doy de merendar y te acompaño.

María se quedó mirándola sin saber qué decir y una lágrima recorrió su rostro. Sara le tiró un beso y se fue.

Sin tener tiempo de asimilar lo que había pasado oyó a Miguel:

- Vale chicos, el desayuno está preparado, rápido que no llegamos.

Salieron de casa corriendo pero sin olvidar levantar la cabeza para despedirse de María, a lo que ella contestó enviándoles un beso. No habían llegado a la esquina y Miguel se volvió y le dijo:

- María esta tarde voy a ir a comprar, dime lo que necesitas y te lo traigo.

María no podía creer lo que estaba pasando, aún recordaba el día en el que a Miguel se le quemaron las lentejas, madre mía, el olor llegaba hasta su casa.

- Eso es que le has puesto poca agua- le decía Sara.

Esa tarde la conversación con Miguel giró en torno a la comida. A Miguel le encantaba cocinar pero no tenía tiempo ni sabía mucho. María le dio recetas y muchos consejos, no sin antes hacerles una olla grande de lentejas y dejársela en la puerta de casa.

Y allí estaba ella. En lugar de escribir el diario estaba anotando la lista de la compra para dársela a Miguel con una sonrisa en la boca. Cuando la terminó, se levantó, pensó en algo y se dirigió a la cocina. Hoy iba a hacer la comida para todos, porque los lunes van muy liados. Se puso manos a la obra y cuando se dio cuenta estaba cantando esa canción que le traía tantos buenos recuerdos y que ya hacía demasiado tiempo estaba guardada en su memoria. Sonrió y siguió cantando. De repente sonó el timbre de la puerta:

- Hola- dijo Ana.
- Pero... ¿qué hora es?, ¿qué haces aquí?- contestó María.

Había pasado la mañana entera tan entretenida que había perdido la noción del tiempo y allí tenía a Ana que había ido a verla antes de ir a su casa, más feliz no podía ser. María recordó muchas charlas con ella, pero sobre todo recordó tantas y tantas horas perdidas enseñándole a usar el móvil, bueno, y otras tantas enseñándole a enviar un WhatsApp.

- Venga, envíale uno a mi padre diciéndole que estoy aquí y otro con la lista de la compra- dijo Ana.

Las carcajadas que tenían se oían a lo lejos. María iba muy lentamente, se confundía, tocaba la tecla que no era y eso les provocaba ataques de risa.

Por la tarde el pequeño Luis llegó del colegio, se asomó al balcón y llamó a María.

- Me tienes que contar cosas de la guerra civil para un trabajo de clase – le dijo.

María se pasó la tarde contándole historias sobre la guerra mientras él anotaba en su cuaderno todo, aunque en ocasiones se quedaba mirándola con los ojos muy abiertos y le pedía que le contara más. Luis estaba encantado y le dijo que todas las tardes pasaría a que le contara más anécdotas.

El primer día después del confinamiento llegaba a su fin y esa hoja del diario que había abierto por la mañana continuaba en blanco. María la miró y sonrió, cerró el diario y lo guardó.

La vida tras el confinamiento nunca volvería a ser igual, habían aprendido muchas cosas, entre otras, que somos humanos y que todos tenemos la oportunidad de poner nuestro granito de arena en el camino del otro. María no volvería a ser la de antes pero no era la única. Esos pequeños gestos le demostraron la confianza suficiente para volver a creer en un nuevo mañana.